
ANTIGÜEDAD

Nello CIPRIANI, *Muchos y uno solo en Cristo. La espiritualidad de Agustín*

Editorial Agustiniiana, Guadarrama 2013, 531 pp.

San Agustín ha sido reconocido universalmente como un gran maestro de la vida espiritual, a pesar de no haber dejado ningún tratado específico de espiritualidad, pero sí una multitud de orientaciones de vida cristiana, de ascética y mística, diseminadas y dispersas por todas sus obras. De ahí el mérito notable de esta obra del Prof. Nello Cipriani, del Instituto Patrístico «Augustinianum» de Roma, experto estudioso del pensamiento agustiniano, con particular interés en la investigación de sus fuentes cristianas y paganas, ya que logra sintetizar con maestría la riquísima enseñanza agustiniana respecto a este tema, logrando reducirla a una unidad orgánica con criterios específicamente agustinianos. Además consigue el A. salvar otra dificultad añadida, que es el carácter progresivo del mismo pensamiento agustiniano, evidente en sus enseñanzas doctrinales y que también se manifiesta en las de carácter espiritual. No cabría sistematizar auténticamente la espiritualidad del Doctor de Hipona sin dar razón de esa evolución vital, de la que con gran acierto sabe hacerse eco el Prof. Cipriani.

La intención del A. aparece clara en la Presentación de la obra: «Las páginas que presentamos han sido escritas con la intención de ofrecer a las numerosas personas, religiosos y laicos, que se inspiran todavía hoy en la espiritualidad de san Agustín, una

exposición de su doctrina que, sin pretender ser exhaustiva, quiere al menos tocar los puntos más importantes y que, sobre todo, quiere convocarlas en torno a la idea considerada como central en su perspectiva, o sea, el plan de Dios sobre la historia de la humanidad» (p. 9). La exposición se divide en tres grandes partes. En la primera se tratan los fundamentos o presupuestos antropológicos y teológicos de la espiritualidad agustiniana. Para el Obispo de Hipona el hombre es un ser llamado a vivir en el tiempo en relación con Dios trascendente, pero también con sus semejantes en la sociedad humana y con el entorno natural, el universo creado del que forma parte, para finalmente vivir en la eternidad feliz con Dios y los hermanos. A pesar de su decidido teocentrismo espiritual, Agustín es uno de los pocos, si no el único entre los antiguos, que ha sabido esbozar al menos una filosofía y una teología de la historia y del trabajo del hombre en el mundo. Desde el punto de vista teológico se aborda la economía salvífica desde la perspectiva agustiniana, la centralidad de Cristo como Mediador en su pensamiento, la acción unificadora del Espíritu Santo, que se revela de manera especial en la Iglesia, verdadera unidad de muchos. San Agustín interpreta de una manera particular el designio salvífico de Dios: conducir a la unidad, por medio de la misión del Hijo

en el mundo y del don del Espíritu Santo, a la multitud de hombres, que están llamados a vivir en concordia fraterna y que, sin embargo, viven divididos a consecuencia del pecado. En la visión global de este proyecto, Cristo aparece en el centro de la historia, ya que por Él y en Él se opera la unidad de muchos. Todos los que creen en Cristo van formando con Él un solo cuerpo, el Cristo total, constituido por una sola cabeza y muchos miembros.

En la segunda parte se abordan los aspectos esenciales de la vida cristiana con su carácter pascual como nueva vida en Cristo (filiación divina y edificación del templo de Dios), la cruz como su símbolo y, en particular, las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad). En la tercera se expone el camino o itinerario que conduce desde la conversión a la perfección de la vida cristiana. En la perfección moral y espiritual del cristiano entra en juego el conocimiento de no haber alcanzado todavía la perfección más grande y la necesidad de tender siempre hacia adelante. Así, también en el grado más alto, el de la contemplación, la espiritualidad agustiniana confirma su carácter dinámico y su fuerte orientación escatológica.

A lo largo del trabajo se destaca con fuerza la insistencia de san Agustín en la necesidad de la oración, y ello como fruto de su personal concepción de la vida cristiana, que tiene como centro al Espíritu Santo, que habita en el creyente. Muchas veces se ha recalcado el

crisocentrismo agustiniano y no tanto el papel esencial que asigna a la acción del Paráclito. En realidad, también el Espíritu Santo está en el centro. La doctrina de la gracia va ligada estrechamente a esta fe, es decir, que el Espíritu Santo nos ha sido dado para renovarnos, para hacernos hijos de Dios, capaces de amar al Padre y todo lo que es justo y bueno según su voluntad.

En definitiva, estamos ante un magnífico estudio especialmente dirigido a quienes desean extraer de la espiritualidad agustiniana una inspiración elocuente y viva para sus propias vidas. «Cuando leo los escritos de san Agustín no tengo la impresión de que se trate de un hombre que murió hace más o menos mil seiscientos años, sino que lo siento como un hombre de hoy: un amigo, un contemporáneo que me habla, que nos habla con su fe lozana y actual. En san Agustín, que nos habla, que me habla a mí en sus escritos, vemos la actualidad permanente de su fe, de la fe que viene de Cristo, Verbo eterno encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre. Y podemos ver que esta fe no es de ayer, aunque haya sido predicada ayer; es siempre actual, porque Cristo es realmente ayer, hoy y para siempre. Él es el camino, la verdad y la vida. De este modo san Agustín nos impulsa a confiar en este Cristo siempre vivo y a encontrar así el camino de la vida» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, 16-I-2008).

Juan Antonio GIL-TAMAYO
Universidad de Navarra

JUAN DE DAMASCO, *Sobre las imágenes sagradas*

Introducción, edición bilingüe y notas de José B. TORRES GUERRA
Eunsa, Pamplona 2013, 331 pp.

Juan de Damasco es uno de los Padres de la Iglesia más conocidos, al menos de nombre, por presentarse normalmente como término *ad quem* de la época patrística en el Oriente cristiano. Nacido en Damasco entre 645 y

676, Juan se formó de acuerdo con los principios del canon educativo heleno habitual en el Bizancio cristiano, y –aunque esto no es constatable del todo– fue funcionario de los califas. Posiblemente hacia el 706, se